
Social Research, An International Quarterly of the Social Sciences

Revista *Social Research, An International Quarterly of the Social Sciences*, Arien Mach (ed.), Nueva York, New School for Social Research, vol. 62, núm. 4, invierno de 1995.

Judit Bokser Misses

En el marco de las transformaciones radicales de este fin de siglo, caracterizadas por complejos procesos de reestructuración económica y política a nivel mundial, la desaparición de viejas fronteras y el surgimiento de nuevas ha devenido un tópico progresivamente central. En efecto, el derrumbe de fronteras tanto territoriales como culturales, materiales o simbólicas, y la apertura de nuevos horizontes de vida parece caracterizar gran parte del proceso de globalización: líneas demarcatorias que otrora parecían inamovibles se han visto modificadas o bien desdibujadas en el nuevo contexto de crecientes interacciones.

Ciertamente, de modo simultáneo, asistimos a la construcción de nuevas murallas y al establecimiento de fronteras que cierran espacios y deslegitiman los acercamientos y las diferencias. Esta paradoja de apertura y cerrazón interactuantes, calificada por Ronald Bainer como la dialéctica entre globalismo y localismo, nos recuerda que hablar de zona fronteriza implica enfrentarse al cruce legítimo o a la transgresión. En todo caso, los márgenes ampliados de encuentros e interacciones han conducido a repensar el carácter histórico y por ende modificable de las fronteras que delimitan la diferenciación, la separación y la distancia.

Consecuentes con esta tendencia, las ciencias sociales han incorporado el tema de las fronteras a la autorreflexión sobre su estatuto y carácter en este fin de siglo. Esta alude al tema de los límites del saber especializado y disciplinario frente a los desafíos de una realidad que se transforma aceleradamente y que exige nuevos acercamientos, referentes y paradigmas precisamente cuando los viejos resultan inoperantes. Diversas son las reflexiones y los diagnósticos en torno a estos tópicos que se han venido desarrollando en los últimos años y en los que el conocimiento social y las condiciones institucionales de su desarrollo han sido sometidos a un riguroso escrutinio desde la óptica de su propia historicidad. Del mismo modo en que las

fronteras geopolíticas y materiales han dejado de verse como datos naturales, las cognitivas son relativizadas y sometidas a cuestionamiento en términos de su condición científica y su potencialidad heurística.

A este tipo de preocupación y de reflexión se suma la revista del Posgrado de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales del New School for Social Research de Nueva York al dedicar un número monográfico a la cuestión de las fronteras del conocimiento en las ciencias sociales. En él concurren destacados exponentes de las diversas disciplinas que se abocan a una reflexión sistemática y plural en torno al impacto que sobre el propio saber ha tenido el proceso de construcción histórica de las fronteras científicas y su relevancia actual. Resulta por demás significativo que este número lo inaugure Immanuel Wallerstein, quien presidió la Comisión Gulbankian para la Reestructuración de las Ciencias Sociales. Con el sugerente título de "What Are We Bounding, and Whom, When We Bound Social Research?", Wallerstein recoge gran parte de los argumentos de la Comisión Gulbankian en su visión de la especialización y división disciplinaria del conocimiento como un proceso histórico, resultado de la acumulación del saber. A pesar de que, al igual que todo modelo de diferenciación, las fronteras del conocimiento son vistas como un dato natural, autoevidentes o bien inherentes a la naturaleza misma

de las cosas o del saber, su creación es una decisión social llena de consecuencias en lo que a asignación de poder y recursos se refiere. Más aún, en la medida en que son creadas, pueden ser modificadas.

La creación de fronteras en la investigación social no es antigua. Hasta 1750 eran virtualmente inexistentes y a pesar que desde entonces y hasta 1850 se hicieron esfuerzos por demarcarlas, éstos fueron limitados. Sólo en el lapso que va de 1850 a 1914 emergieron y se cristalizaron las fronteras actuales, convirtiéndose en más firmes en el periodo de 1914 a 1945. Las categorías que triunfaron reflejaron los tiempos. También lo hicieron las grandes antinomias o fisuras que condicionaron su desarrollo. Wallerstein analiza el condicionamiento histórico de las principales antinomias que han operado como ejes delimitativos-constitutivos de las ciencias sociales: pasado-presente; occidente-no occidente; Estado-mercado-sociedad civil. En el análisis de la configuración de las diferentes disciplinas —la historia y las ciencias sociales nomotéticas—, a partir de dichos ejes, Wallerstein privilegia la función social de las diferenciaciones y especializaciones disciplinarias por sobre los argumentos teóricos o metodológicos. Así, a título ejemplar, la especialización temporal se explica por el contexto y su época: en la consolidación del Estado nacional

liberal europeo, la orientación al pasado basada en el prejuicio ideográfico fue instrumental para la creación de identidad nacional; por su parte, las ciencias sociales con su prejuicio nomotético, se adaptaron a las políticas de planeación, instrumento esencial al racionalismo reformista. En la misma lógica el autor analiza las otras dos antinomias: en el marco de la expansión capitalista la una y del propio principio de diferenciación autoconstitutivo de la modernidad, la otra.

Ahora bien, en la medida en que las fronteras disciplinarias son históricas, los sucesivos desarrollos han cuestionado progresivamente la eficacia de la diferenciación consolidada en la primera mitad de este siglo. La expansión, tras la segunda posguerra, del sistema universitario condujo a una búsqueda de desarrollos cognoscitivos y de nichos temáticos fuera de las tradicionales fronteras disciplinarias. A su vez, el contexto de la Guerra Fría alentó los estudios regionales, conduciendo a nuevos replanteamientos; la revolución de 1968 se sumó al cuestionamiento de las rígidas divisiones disciplinarias al alentar la emergencia de investigación de los "grupos olvidados" y de los estudios culturales. Todos estos desarrollos han generado un vasto desdibujamiento de las fronteras y han convertido en irrelevantes la mayor parte de las justificaciones históricas de las mismas tal como

fueron construidas entre 1850 y 1945. Retomando formulaciones de la Comisión Gulbankian, Wallerstein plantea que si bien las ciencias sociales no parecen estar listas para una reestructuración de fronteras —que incluiría también la revisión de los límites entre éstas y las humanidades, por una parte, y las ciencias naturales, por la otra— deben abrirse a una seria y amplia revisión y discusión de esta cuestión. Los tradicionales ejes de escisión —así como el divorcio entre lo global y lo local o lo macro y lo micro— resultan ser poco plausibles en el mundo de hoy. El cuestionamiento de su valor heurístico se confronta con el hecho de los limitados avances de la multidisciplinariedad —basada en todo caso en el reconocimiento de las fronteras disciplinarias existentes—, por lo que la propuesta que formula es el traslape (*overlapping*) entre las disciplinas y la convergencia en grupos de estudio temporales, ajenos a los rigores derivados de su institucionalización. A su vez, a la revisión, como señalamos, de la división trinitaria del conocimiento debe sumarse la necesidad de pensar nuevos espacios para el desarrollo del conocimiento científico autónomo, no necesariamente las universidades, ya que éstas están sujetas a crecientes presiones de productivización.

Por su parte, la historicidad de las fronteras es abordada desde una perspectiva eminentemente teórica por Andrew Arbot, quien en el artículo "Things of

Boundaries” analiza, a partir de una ontología procesual, la relación e interacción entre fronteras y el surgimiento y desaparición de entidades sociales. La primacía de las fronteras por sobre las entidades podría afirmarse con la paráfrasis: “En el principio, las fronteras”. Estas, entendidas inicialmente como espacios de diferencia, permiten analizar el surgimiento de las entidades sociales a partir de la delimitación de las mismas por los actores sociales. Resulta por demás interesante la ejemplificación de este proceso a través del rol que aquéllas han jugado en la configuración histórica de los campos profesionales. Concebida toda organización como un conjunto de transacciones ligadas a una unidad funcional que alberga estas transacciones, el énfasis en el carácter procesual de los desarrollos sociales privilegia el carácter fundacional de las fronteras: como espacios de diferencia en un momento inicial y en su carácter topográfico explícito posteriormente. Entre ambos, Arbot explora los procesos de constitución de las entidades sociales, su perdurabilidad y estructuración en los márgenes de su diferenciación constitutiva. Este trabajo aporta elementos particularmente interesantes para la comprensión de la historicidad de la constitución de los campos de conocimiento y de las disciplinas, por lo que a la vez que contribuye a ampliar las

perspectivas analíticas de los procesos de diferenciación, minimiza cualquier tenor voluntarista en la reflexión contemporánea acerca de las ciencias sociales.

Desde diversos abordajes disciplinarios y enfoques teóricos, los campos del conocimiento son examinados en su especificidad y su lugar en el seno de las ciencias sociales, en sus deslindes e interacciones. Así, resulta pertinente destacar el sugerente trabajo de Robert Heilbroner que lleva por título “Putting Economics in its Place”, en el que junto al desafío a la visión de la economía como reina de las ciencias sociales y la necesidad de reconsiderar su lugar en el seno de la indagación social, explora el modo como ésta puede contribuir a la comprensión de la sociedad, meta compartida en última instancia por todas las disciplinas. La contextualización histórica permite descubrir los nexos de la explicación económica autónoma con el desarrollo del capitalismo y la comprensión de la realidad social práctica y teórica apunta hacia la interpenetración de niveles y enfoques disciplinarios. Siguiendo la visión de Michael Mann en su estudio sobre las fuentes del poder social, que ve el tránsito de una vida social originaria en comunidades igualitarias e indiferenciadas a la constitución de la “sociedad” como un proceso de progresiva creación de redes (de sistemas de creencias, prácticas económicas, organización militar, autoridad

política) que delimitan fronteras externas e identidades internas, Heilbroner hace suya la concepción de la realidad social como redes que se intersectan, se traslapan y confederan. A partir de este planteamiento, distante de una concepción de la sociedad como una totalidad simple, el autor busca repensar la interrelación entre los dominios de la teorización social. Es así que si la sociedad estructurada y delimitada no es una condición humana natural sino la convergencia histórica de intereses materiales e ideológicos, las redes delimitantes que caracterizan a determinado orden social juegan un papel crucial en determinar las relaciones de las partes que la constituyen: sociedades que derivan sus propiedades diferenciantes de redes ideológicas tenderán a crear entidades en las que la dimensión ideológica habrá de influir los ámbitos económicos o políticos; sociedades en las que las redes militares determinan su cohesión habrán de ver esta dimensión influyendo los otros dominios sociales y así sucesivamente. En otros términos, la importancia relativa de los diferentes ámbitos de la sociedad refleja las circunstancias históricas de su configuración institucional y explica, a su vez, la importancia y el lugar distintivo de las diferentes disciplinas sociales, incluido el de la economía en el seno de un orden capitalista.

A su vez, James Schmidt analiza en su trabajo los procesos

de establecimiento de las fronteras en las ciencias sociales a partir de las categorías de sociedad civil y de hechos sociales. Partiendo de la propia definición durkhemiana de la necesidad de la existencia de un campo de exploración para la construcción de una ciencia y de la centralidad de los hechos sociales para las ciencias sociales, el autor se interroga acerca de la naturaleza de los hechos sociales, su identidad y la de la disciplina, para cuyas respuestas sugiere acudir al siglo XVIII en el que descubre que aquellos hechos sociales a los que refiere Durkheim como objetos de las ciencias sociales ya habían sido reclamados por disciplinas abocadas al estudio de la entonces llamada "sociedad civil". Para ver cómo las ciencias sociales han demarcado las fronteras de los espacios que habrían de ocupar, Schmidt sugiere atender el modo como los análisis de la sociedad civil fueron reemplazados por recuentos de una sociedad que dejó de ser civil; las transformaciones condujeron a que para mediados del siglo XIX la noción de sociedad civil perdiese su tradicional equivalencia con el Estado o la sociedad política. Las sucesivas formulaciones destacaron aspectos diferentes tal como queda de manifiesto en Hegel, Tocqueville y Marx y la ulterior historia de la teoría social está compuesta de enfoques divergentes en lo que concierne al modo como la sociedad debe

de ser comprendida y, consecuentemente, con ideas igualmente diversas de lo que debe ser visto como un hecho social.

Otros trabajos despliegan la problemática desde sus respectivos ángulos disciplinarios: George W. Stocking reflexiona en torno a las siempre problemáticas fronteras de la antropología; Susan Gal y Judith Irvine lo hacen desde el desarrollo de las lenguas y las disciplinas a partir de la construcción ideológica de diferencias.

Por su parte, Charles Camic presenta un interesante trabajo: "Three Departments in Search of a Discipline: Localism and Interdisciplinary Interaction in American Sociology, 1890-1940", en el que a partir del binomio localismo-interacción interdisciplinaria analiza tres concepciones y trayectorias institucionales divergentes de la sociología norteamericana: las desarrolladas en las universidades de Chicago, Columbia y Harvard. Resulta de particular interés el análisis que hace el autor de los dilemas que han confrontado las ciencias sociales en su proceso de institucionalización, específicamente, su oscilación entre la búsqueda de conformidad a los cánones científicos establecidos por las ciencias exactas y la búsqueda de diferenciación que justifique su propia especificidad. Destacando una perspectiva diversa de otros trabajos, el análisis de este proceso de semejanza y deslinde

ha implicado una dimensión relacional, de interacción interdisciplinaria, como sustrato del proceso de constitución del área de conocimiento. Esta perspectiva replantea, entonces, la visión de aislamiento en el proceso de construcción de las áreas disciplinarias.

Junto a otros interesantes e imaginativos trabajos incluidos en este volumen tales como "Network Switchings and Bayesian Forks: Reconstructing the Social and Behavioral Sciences", de Harrison White, y "Out of Bounds and Undisciplines: Social Inquiry and the Current Moment of Danger", de Allan Pred, destaca "The Rigid, the Fuzzy and the Flexible: Notes on the Mental Sculpting of Academic Identity", de Eviatar Zerubavel. En éste se atiende un aspecto central a la construcción histórica de las fronteras, aquel que se desprende de la organización social de la vida académica. El autor sostiene que ésta, tal como se manifiesta en los ordenamientos institucionales de facultades, departamentos y centros, bibliotecas, editoriales o bien publicaciones o sistemas de conferencias, refleja la organización sociomental del mundo en general y de la identidad académica en particular.

A su vez, analizando el papel determinante de la delimitación de fronteras en la construcción de identidades, y coincidiendo con la dimensión procesual de la construcción de áreas del conocimiento y campos científicos

y profesionales, este trabajo pone de manifiesto el modo como la construcción de una identidad es un proceso creativo que esculpe activamente diferentes campos mentales más que identificar pasivamente los naturales ya existentes. Desde esta óptica se analiza el mapeo espacial de diferenciación del conocimiento en disciplinas, campos y áreas supuestamente rodeadas por murallas mentales, mismas que acentúan su distancia y las convierte a nuestros ojos en islotes aislados. Esta visión, sostenida por una "mente rígida", refuerza campos delimitados y aislados por sobre los encuentros y las interacciones, la compartimentalización del mundo y de los saberes por sobre los acercamientos. En lo que respecta a la vida académica, esta visión ha generado serios problemas: aislamiento disciplinario, visiones parroquiales, fronteras inamovibles y cerrazón, inhibiendo la propia creatividad. Reconociendo la necesidad, sin embargo, de ciertos mecanismos y procesos de estructuración y delimitación, la alternativa propuesta para construir la identidad académica no es la de una actitud ligera sino la de una mente flexible. A partir de ésta será factible construir un entorno académico a la vez ordenado y creativo, estructurado, de apertura mental y sujeto al cambio. Una identidad académica y un mundo en los que la especialización no se traduce en aislamiento, en los

que las estructuras tienen fluidez, en los que el rigor no deviene rigidez. Consciente de la oposición que esta demanda genera en las instancias institucionales y corporativas prevaletentes, el autor descubre un gran beneficio en ayudar a recordar que las amplias divisiones intelectuales que supuestamente separan los campos y áreas científicos son fragmentos de nuestra mente, lo que resulta ser una reflexión más honesta y congruente con las formas ambiguas y fluidas de organización del mundo que nos ha tocado vivir.

El volumen recoge así un amplio espectro de trabajos generados por las ciencias sociales en un momento en que la intensidad y celeridad de los cambios conducen a la necesidad de atender tanto las nuevas manifestaciones de la compleja vida social como los instrumentos conceptuales con los que deberán abordarse. La diversidad de ópticas disciplinarias y de perspectivas teóricas, así como de los niveles mismos de elaboración de los diferentes trabajos, reflejan la novedad, variedad y efervescencia de la reflexión que hoy acompaña a las ciencias sociales. La selección de este volumen a la vez que representa la pluralidad de enfoques, denota la madurez alcanzada por un saber que se asume a sí mismo como objeto de reflexión y que encuentra en este ejercicio un prerrequisito para su desarrollo ulterior. La vigencia

de los planteamientos vertidos en los trabajos convierten a este volumen en una lectura necesaria para nuestra comunidad

científica en un momento en el que la autorreflexión puede operar como detonadora de potencialidades.